

BP

La biblioteca del
PASTOR



EL PASTOR COMO TEÓLOGO

JOHN MACARTHUR
EDITOR GENERAL

Nova

Para vivir la Palabra

Para vivir la Palabra

MANTÉNGANSE ALERTA;
PERMANEZCAN FIRMES EN LA FE;
SEAN VALIENTES Y FUERTES.
—1 CORINTIOS 16:13 (NVI)

Publicado por:



Editorial Nivel Uno, Inc.
3838 Crestwood Circle
Weston, FL 33331
www.editorialniveluno.com

©2017 Derechos reservados

ISBN: 978-1-941538-32-6

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Diseño interior: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Copyright ©2017 por Grace Community Church

Publicado originalmente en inglés bajo el título:

The Shepherd as Theologian
by Harvest House Publishers
Eugene, Oregon, 97402, U.S.A.
www.harvesthousepublishers.com

Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de los editores, para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

A menos que se indique lo contrario, los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® ©1999 por Biblia, Inc.®. Usada con permiso.

Printed in the United States of America
Impreso en Estados Unidos de América

17 18 19 20 21 22 VP 9 8 7 6 5 4 3 2 1

CONTENIDO

Introducción	7
1. La oración más grande del Señor. Primera parte.....	11
<i>John Mac Arthur</i>	
2. La oración más grande del Señor. Segunda parte	31
<i>John MacArthur</i>	
3. Adán, ¿dónde estás? El redescubrimiento del Adán histórico en las páginas de las Escrituras	49
<i>William Barrick</i>	
4. Por qué todo calvinista que se respete a sí mismo debe ser creacionista de seis días	69
<i>John MacArthur</i>	
5. La fe de nuestros padres: ¿Acaso tenemos el mismo evangelio de la iglesia primitiva?.....	87
<i>Nathan Busenitz</i>	
6. Cómo dominar la doctrina de la justificación.....	119
<i>R. C. Sproul</i>	
7. El alcance de la expiación.....	137
<i>Phil Johnson</i>	
8. Un caso bíblico para el gobierno de los ancianos	165
<i>Tom Pennington</i>	
9. La Gran Comisión como esfuerzo teológico.....	183
<i>Paul Washer</i>	
10. Por qué todo calvinista que se respete a sí mismo debe ser premilenialista	201
<i>John MacArthur</i>	
11. El cielo en la tierra: una exploración de las glorias del estado eterno.....	227
<i>Michael Vlach</i>	
Notas.....	243

INTRODUCCIÓN

Casi por cuatro décadas, la Conferencia de Pastores se ha consagrado a lo que los Reformadores iniciaron hace quinientos años.

La esencia de la Reforma fue rescatar a la Palabra de los grilletes de la tiranía católica romana, la corrupción y la herejía. Los reformadores sabían el significado de volver a las Escrituras, como escribiera Juan Calvino: «Cristo reina siempre que somete al mundo a sí mismo por la proclamación de su Palabra». Es por eso que el objetivo de la Conferencia de Pastores siempre ha sido encarnar el mandato de Pablo a Timoteo: «Lo que me has oído decir en presencia de muchos testigos, encomiéndalo a creyentes dignos de confianza, que a su vez estén capacitados para enseñar a otros» (2 Timoteo 2:2).

En la Conferencia de Pastores hemos tenido el distinguido privilegio de participar animando y capacitando a los hombres para que declaren la verdad. Lo que comenzó como una pequeña reunión de ciento cincuenta y nueve individuos, por la gracia de Dios, floreció en un movimiento internacional con miles de participantes cada primavera. Con el paso de los años, los pastores de cada estado y de casi cien países han acudido a la conferencia para ser desafiados y animados en las áreas de la predicación, la teología, el liderazgo, el discipulado y la consejería.

Desde su creación, la Conferencia de Pastores ha contado con cientos de sermones dirigidos específicamente a pastores y líderes eclesiales. Debido a que la verdad de la Palabra de Dios es intemporal, esos

LA ORACIÓN MÁS GRANDE DEL SEÑOR.

PRIMERA PARTE

«Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre,
para que sean uno, así como nosotros».

JUAN 17:11, RVR60



LA ORACIÓN MÁS GRANDE DEL SEÑOR

PRIMERA PARTE

JOHN MACARTHUR

Juan 17

Ninguna profesión en el mundo sufre de una mayor falta de claridad en lo que se refiere a los requisitos básicos de sus tareas que el pastorado. Todos, excepto los pastores, parecen saber qué requieren sus trabajos. Es más, si somos francos, la negligencia laboral en el clero se ve en cualquier lugar, todo el tiempo. Es omnipresente y pandémica. Por doquier hay confusión sobre lo que quiere decir ser pastor y por doquier también hay indiferencia a las tareas bíblicas establecidas. Como resultado, la iglesia no tiene concepto de lo es un pastor o de lo que debe hacer.

¿DÓNDE ESTÁ EL PASTOR TEÓLOGO?

Algo está claro: a la mayoría de los pastores no les interesa ser teólogos y sus congregaciones mucho menos esperan que lo sean. El menosprecio por la teología y la investigación bíblica, como algo serio para los cristianos, se remonta a la ausencia de la doctrina y la cuidadosa investigación bíblica en los púlpitos. Eso es abandono de responsabilidades. Es negligencia laboral del clero. El pastorado ya no es un llamado intelectual y los pastores ya no brindan un liderazgo intelectual serio. Los pastores de hoy no se mueven en el ámbito de la teología; al contrario,

se dedican a implementar programas. Exponen charlas inspiradoras, aplican principios culturalmente creados y dedican su energía a todo menos a la investigación; todo menos un intenso estudio del texto, que es lo que conduce a la sana doctrina.

Son profesionales más que teólogos. En el mejor de los casos, los pastores de hoy seleccionan cuidadosamente las ideas de otros y las usan, basados en sus propios caprichos, deseos y en su popularidad. Los pastores se han convertido en gerentes de nivel medio, que tratan con la teología y las ideas de otros. ¿Por qué no se predica lo que encaja con la sana doctrina? El primer objetivo de la exposición bíblica es la doctrina —extraer la doctrina, la verdad, del texto—, para luego mostrar sus implicaciones, su uso personal y su exhortación. El pastor debe enseñar doctrina por encima de todo lo demás.

No solo eso, sino que el pastor también es guardián de la sana doctrina. Él debe proteger la integridad teológica de la verdad divina frente a su pueblo, su entorno y su generación. Desde hace un par de siglos, los pastores han recurrido a lo que enseña la academia acerca de la doctrina.

Si usted regresara al siglo diecinueve, la mayoría de los rectores de las universidades en Estados Unidos eran pastores ordenados. Desde entonces, las cosas han cambiado. En 1977 (después, de haber estado en Grace Community Church por ocho años), recibí una llamada telefónica de parte de James Montgomery Boice. Me pidió que formara parte del Concilio Internacional por la Inerrancia Bíblica, del que derivó la Declaración de Chicago sobre la Inerrancia de la Biblia. Eso me impresionó. Yo era el simple pastor de la congregación Grace Community Church, en mis treinta años, y pensaba que aquello estaba fuera de mi alcance. Cuando llegué a mi primera reunión en Chicago, me sorprendió que solo estábamos dos pastores: Jim Boice y yo. Los otros noventa y ocho presentes venían de instituciones académicas. Y el hecho de que me hayan escogido a mí, era evidencia de las dificultades que habían tenido para conseguirle un compañero a Boice. Aun cuando estaba sentado allí, en las conversaciones entre Jim Boice y Roger Nicole, me

mantuve callado. ¡No quería que supieran cuán ignorante era! Simplemente asentía con mi cabeza como si entendiera lo que estaba pasando.

Los pastores han abandonado su llamado y lo han sustituido con funciones inferiores. Alcanzan su éxito, su reputación y la percepción de que logran sus metas a través de contenido musical, modas, novedades, personalidad y entendimiento del mercadeo. Rara vez encontrará a un pastor conocido como teólogo, como erudito de la Biblia. Pocas veces, se encuentran mentes dadas al manejo diestro de las Escrituras y sus verdades doctrinales. Por desdicha, es un tiempo difícil para aquellos que entienden su llamado y que son expertos en la interpretación, la exposición y la doctrina bíblica, ya que son considerados una anomalía. Esto debe cambiar. Los pastores deben hacerse teólogos, maestros bíblicos y guardianes de la sana doctrina.

En realidad, los pastores en sí son los teólogos de la iglesia, no los profesores de las instituciones. La iglesia entiende su teología por parte de su pastor, no por parte de los académicos. Como dijo Sinclair Ferguson: «Hemos dejado poca o ninguna huella en el mundo debido a la misma causa: que la doctrina ha dejado una leve impresión en nosotros».¹ Esa es una trágica realidad. Cada pastor destacado en la historia de la iglesia, cuyo nombre reconozca, ha sido un experto en teología. Todos desarrollaron instituciones para el entrenamiento de pastores puesto que la forma más alta de una eclesiología madura es la multiplicación de pastores teólogos.

Fue cerca de 1650 que se estableció la Confesión de Westminster. Ciento veintiún eruditos pasaron años refinando esa gran confesión. Eran las mentes más brillantes, los campeones de la teología y los eruditos bíblicos de su tiempo. De los ciento veintiún, todos eran pastores. Debemos retomar la teología en la iglesia. Los centros académicos han probado ser lugares poco seguros para la Biblia; por tanto, debemos retomarla.

Los académicos comenzaron a encargarse después que las tendencias del siglo de las luces sacaran la teología de las iglesias y desde el siglo diecinueve, los pastores poco a poco han estado dejando a un lado

la influencia de la teología bíblica. En nuestra generación, todos los pastores que reconocen la necesidad de corregir esa falsedad han estado obrando para rescatar la Biblia de las instituciones académicas.

SIGNIFICACIÓN DE LA TEOLOGÍA

¿Cuán importante es la teología? La palabra misma significa una divina verdad proposicional revelada en las Escrituras, lo cual equivale a las herramientas que usa el pastor. La doctrina es el fundamento de absolutamente todo. La doctrina es la estructura de las creencias y convicciones que tenemos, aquello que controla nuestras vidas.

En 2 Corintios 5, Pablo hace un comentario interesante al describir lo que lo motivaba. Todos sabemos cuánto le tocó padecer al apóstol por causa de Cristo, cuánto sufrió y cuán desafiante fue su ministerio. Casi al final de sus días, escribió que aun los de Asia lo habían abandonado. Las agonías que atravesó están registradas en 2 Corintios. Al contemplar a este hombre, nos preguntamos: ¿Qué le motivaba? ¿Qué lo movía y lo mantenía en curso? La respuesta se encuentra en esta declaración: «El amor de Cristo nos controla» (versículo 14, NTV). Lo que movía a Pablo era el amor de Cristo.

Si le preguntase a la mayoría de la gente respecto a eso hoy, dirían que Dios ama a todo el mundo de igual e incondicional manera. Entonces, ¿a qué se refiere Pablo? Él explicó: «porque estamos convencidos de que uno murió por todos, y por consiguiente todos murieron. Y él murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió por ellos y fue resucitado» (versículos 14-15). Estos dos versículos enseñan una redención particular: una expiación limitada. Jesús murió por todos aquellos que murieron en Él. Pablo estaba diciendo que su motivación no era que la muerte de Cristo fuese un tipo de expresión amorosa potencial, sino que Cristo murió y resucitó particularmente por Pablo. Lo que lo motivaba era lo que entendió como una redención particular y una expiación limitada: ¡Él era de Cristo!

Entonces, ¿de qué vale la teología? ¿Cambia su percepción de la vida? ¡Sí! Pero, por desdicha, la iglesia sufre de anemia doctrinal y es por eso que muchos pastores de considerado éxito no tienen ningún interés en ella.

EL AVIVAMIENTO TEOLÓGICO DE JUAN 17

Mi empeño es ayudarle a pensar en la teología. Para ello, demos un vistazo a Juan 17. En la profunda oscuridad matutina del viernes de la Semana Santa, Judas ya estaba reuniendo al grupo que iría al jardín de Getsemaní. Jesús ya había salido del aposento alto, había ido a Jerusalén al oriente e iba camino al jardín donde sería arrestado y más tarde —ese día—, crucificado. Había dado promesas y advertencias a sus discípulos en los capítulos 13, 14, 15 y 16. Luego, delante de ellos y para que pudieran oír, Jesús pronunció la oración de Juan 17. Leer esa oración es una experiencia impresionante.

En Éxodo 28, Dios estableció el tabernáculo, el sacerdocio y hasta la ropa que el sumo sacerdote debía vestir. El sacerdote debía ponerse un vestido que representara las doce tribus de Israel, de modo que cuando entrase al Lugar Santísimo para ofrecer expiación en el Día de la Expiación, y ofreciese incienso como símbolo de las oraciones, llevara sobre sus hombros y su corazón al pueblo de Dios, Israel.

Eso fue precisamente lo que ocurrió en Juan 17. El gran sumo sacerdote, el Señor Jesucristo, entró al Lugar Santísimo celestial cargando a su amado pueblo en sus hombros y en su corazón. Eso lo hizo en presencia de su Padre. En el Antiguo Testamento, el sumo sacerdote entraba al Lugar Santísimo el Día de la Expiación y salía rápidamente. Pero Cristo entró, se sentó y todavía está allí. Se nos recuerda en Hebreos 7 que Él vive por siempre haciendo intercesión por nosotros, rogando por nosotros en el cielo. Juan 17 nos ilustra el trabajo actual del Señor Jesús. Hebreos nos dice que Él lo está haciendo; Juan 17 nos muestra sus propias palabras.

Esta oración sumosacerdotal es el ministerio
más grande del Señor Jesucristo.

Es triste para mí, dada la calidad única e incomparable de ese hecho, cómo ha sido minimizado en la iglesia. No creo jamás haber escuchado un sermón basado en Juan 17. Nos encanta hablar sobre la cruz, sobre la muerte de Cristo, sobre su resurrección y así debe ser. Nos encanta hablar de la cruz y la resurrección como cumplimiento profético, como historia verídica plasmada en los evangelios y reflejada por los autores del Nuevo Testamento. Me atrevo a pensar que estos gloriosos acontecimientos —la muerte y la resurrección de Cristo— caen ante la realidad de Juan 17. Esta oración sumosacerdotal es el ministerio más grande del Señor Jesucristo. ¿Le sorprende esto? Si desea contemplar algo que contribuya a su santificación, debe familiarizarse con esta obra de Jesús.

«CON CUÁNTA MÁS RAZÓN»

Pablo escribió en su carta a los Romanos: «En consecuencia, ya que hemos sido justificados mediante la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. También por medio de Él, y mediante la fe, tenemos acceso a esta gracia en la cual nos mantenemos firmes. Así que nos regocijamos en la esperanza de alcanzar la gloria de Dios» (Romanos 5:1-2). El enfoque del texto es que hemos sido justificados.

Pablo continúa escribiendo: «A la verdad, como éramos incapaces de salvarnos, en el tiempo señalado Cristo murió por los malvados. Difícilmente habrá quien muera por un justo, aunque tal vez haya quien se atreva a morir por una persona buena. Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros» (versículos 6-8). Nos encanta esa verdad de la cruz, ¡y así debe ser!

Ahora preste atención a las primeras palabras del versículo 9: «Con cuánta más razón...» ¿Mucho más que la cruz? «Y ahora que hemos sido justificados por su sangre, ¡con cuánta más razón, por medio de Él, seremos salvados del castigo de Dios!» Pablo declaró que habiendo sido justificado por la sangre de Cristo, «¡seremos [continuaremos siendo] salvados del castigo de Dios!» El apóstol continuó: «Porque si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con Él, mediante la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, habiendo sido reconciliados, seremos salvados por su vida!» (versículo 10).

La comparación de Pablo es que a pesar de que la cruz y la resurrección de Jesús son una asombrosa verdad, nuestra salvación se trata de algo más profundo, esto es, la certeza de que estamos siendo salvos por su vida. En el versículo 15, el apóstol escribió: «Pero la transgresión de Adán no puede compararse con la gracia de Dios. Pues si por la transgresión de un solo hombre murieron todos, ¡cuánto más el don que vino por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, abundó para todos!» Pablo estaba comparando a Adán con Cristo y usó exactamente las mismas palabras que leímos antes en el versículo 9: ¡cuánta más!

El versículo 17 dice: «Pues si por la transgresión de un solo hombre reinó la muerte, con mayor razón los que reciben en abundancia la gracia y el don de la justicia reinarán en vida por medio de un solo hombre, Jesucristo». Entienda que la obra de Cristo es mucho más, hablando en términos comparativos, que la obra de Adán. De esta forma reconocemos lo significativo que es «cuánto más». Y la obra de Cristo es mucho más de lo que Adán hizo; por lo tanto, lo que un Cristo vivo hace por nosotros es mucho más que lo que hizo su muerte.

Hebreos 9:12-14 afirma:

Entró una sola vez y para siempre en el Lugar Santísimo. No lo hizo con sangre de machos cabríos y becerros, sino con su propia sangre, logrando así un rescate eterno. La sangre de machos cabríos y de toros, y las cenizas de una novilla rociadas sobre

personas impuras, las santifican de modo que quedan limpias por fuera. Si esto es así, ¡cuánto más la sangre de Cristo, quien por medio del Espíritu eterno se ofreció sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de las obras que conducen a la muerte, a fin de que sirvamos al Dios viviente!

El sacrificio de Cristo es mucho más que los sacrificios de animales. Cristo es mucho más que Adán; por lo que la obra de Cristo, que vive por siempre para llevarnos a la gloria es mucho mayor que la obra de la cruz. Él murió con el paso de unas horas, resucitó con el paso de unos días y vive por siempre para interceder por los suyos.

Hebreos 7:23-25 debe ayudarnos a concretar esta verdad: «Ahora bien, como a aquellos sacerdotes la muerte les impedía seguir ejerciendo sus funciones, ha habido muchos de ellos; pero como Jesús permanece para siempre, su sacerdocio es imperecedero. Por eso también puede salvar por completo a los que por medio de Él se acercan a Dios, ya que vive siempre para interceder por ellos».

¿Cómo puede escapárenos esto? Y en vista de esta verdad, repentinamente Juan 17 se convierte en un precioso tesoro de valor incalculable. Este es el ministerio mediador de Cristo. En Juan 17 conocemos al mediador, al Señor Jesucristo mismo y, en este contexto, Él ora por los suyos.

ÁNIMO CON LA TEOLOGÍA

Toda la oración en Juan 17 es teología y doctrina. Aparentemente, si usted carece de teología, no solo no podrá predicar, sino que tampoco podrá orar. Aquí encontramos a Jesús, utilizando la sana doctrina como fundamento para todo su ministerio intercesor. Él apela a la doctrina ante su Padre. Esta porción de las Escrituras es, en esencia, un documento de teología sistemática sobre soteriología en forma de oración. ¿Y por qué esperar nada menos de Jesús si Él es la verdad? Jesús oró delante de los once discípulos y de todos nosotros. Él quiere que todos entendamos esta oración.

En Juan 17:13 (RVR60) leemos: «Ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos». Solo hay una razón por la cual esta oración está aquí: para gozo del cristiano. Sabemos que los discípulos necesitaban mucho gozo esa noche. Este es el Cristo que nos alienta a todos con la sana doctrina. Él ora con la teología del Padre al Padre, consciente de que este contestará.

¿Para quién hace esta oración? El versículo 9 dice: «Ruego por ellos, no ruego por el mundo, sino por los que me has dado, porque son tuyos». Jesús pidió por sus discípulos y por los que creyeron. De igual modo en el versículo 20: «No ruego solo por estos. Ruego también por los que han de creer en mí por el mensaje de ellos». Jesús oró por todos los creyentes: los presentes en ese momento y por los que vendrían a través de la historia redentora. Estoy convencido de que este es el capítulo más consolador de la Biblia puesto que la seguridad de la salvación del creyente es la verdad más reconfortante que podamos conocer.

HASTA EL LUGAR SANTÍSIMO

Entremos al Lugar Santísimo y escuchemos al teólogo divino orando por nuestro peregrinaje al cielo. Esta oración es un prelude de lo que Jesús haría después de su ascensión y hasta el final de la historia redentora. Eso nos revela la transición de su primer ministerio terrenal entre los creyentes hasta su ministerio celestial con los mismos. Las peticiones que hallamos en Juan 17 han sido constantemente elevadas por Jesús en los últimos dos mil años y se continuarán ofreciendo hasta que todos los hijos de Dios estén con Él en el cielo. Esta es la verdadera oración del Señor, porque solamente Él la podía hacer. La de Mateo 6 no es la oración del Señor porque Él no la podía hacer. Él no podía decir: «Perdona nuestras transgresiones» porque nunca pecó. En cambio, Juan 17 sí es la oración del Señor y en los primeros versículos le pidió al Padre que lo llevara al cielo, que lo ayudara a pasar esa serie de acontecimientos dramáticos que se desencadenarían después de ese momento de oración.

Juan 17:1-5 es una oración para la gloria del propio Jesús. En ella pidió ser glorificado para poder ser colocado en una posición en la que intercediera por los redimidos. A partir del versículo seis hasta el final del capítulo, eleva una oración de intercesión por los creyentes, por nosotros. Ese ministerio mediador de Cristo está en pie aun en este momento. Aquí vemos la teología del teólogo perfecto con una teología absolutamente perfecta.

LA SALVACIÓN Y LA TRINIDAD

La salvación empieza con la doctrina de Dios, por lo que Jesús nos enseña acerca del Padre en su oración. Leemos en Juan 17:11: «Padre Santo» y, en el versículo 25, «Padre justo». En el versículo 3 aprendemos que hay un solo Dios verdadero, el único ser eterno e ilimitado, el cual no tiene igual. La existencia de todo lo demás depende de Dios. Sin embargo, decir que Dios es justo, santo y la única Deidad no impulsa inherentemente a nadie a hacer buenas obras. En este punto es donde ha habido confusión recientemente acerca de Dios y Alá. No, no son el mismo. Alá ha sido designado como un ser eterno y solitario el cual, por causa de su eterna soledad, no puede amar puesto que no hay nadie a quien amar. Ha sido uno y solo uno por siempre. Alá no posee ningún atributo relacional. ¿Cómo puede ser amoroso si es y ha sido un ser solitario por la eternidad? Alá es una modalidad del diablo y es por eso que no hay amor, gracia, misericordia ni compasión en el islamismo.

En los versículos 23 y 24 de este capítulo, Jesús hizo una declaración asombrosa al dirigirse al Padre. «Yo en ellos y tú en mí. Permite que alcancen la perfección en la unidad, y así el mundo reconozca que tú me enviaste y que los has amado a ellos tal como me has amado a mí. Padre, quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy. Que vean mi gloria, la gloria que me has dado porque me amaste desde antes de la creación del mundo». Y continuó en el versículo 26: «Yo les he dado a conocer quién eres, y seguiré haciéndolo, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo mismo esté en ellos». Con eso

Jesús quiso decir que la definición de relación en la Trinidad es amor eterno. El Dios verdadero es amor porque el Dios verdadero siempre ha amado.

Hay más sobre la doctrina de Dios en el versículo 1: «Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti». Aquí conocemos al Hijo eterno. Una vez más en el versículo 5: «Padre, glorifícame en tu presencia con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera». Ahora sabemos que al Padre y al Hijo los define una relación de amor que ha sido y será por toda la eternidad. El Padre y el Hijo son copartícipes de una naturaleza eterna, un amor eterno y una gloria eterna.

Por eso es que Juan comienza su evangelio con las palabras: «En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba con Dios en el principio. Por medio de Él todas las cosas fueron creadas; sin él nada de lo creado llegó a existir» (Juan 1:1-3). En el versículo 14 de ese mismo capítulo escribió: «Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad». Luego leemos en el versículo 18: «A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo unigénito, que es Dios y que vive en unión íntima con el Padre, nos lo ha dado a conocer». El apóstol Pablo también mostró evidencia de entender este concepto cuando escribió que en Cristo «están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (Colosenses 2:3); «toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo» (2:9).

El fundamento de la salvación es un Dios triuno, eterno y amante. Un dios solitario sin capacidad de amar no tiene interés en salvar a nadie; mas la definición del Dios de la Biblia es amor. Con Dios, Jesús es preexistente, coexistente y autoexistente.

En Juan 17, el Hijo pidió su regreso al cielo y al amor, la unidad y la gloria eternos que siempre compartió con el Padre. Es como si Jesús dijera: «Padre, recíbeme por lo que soy. Me diste autoridad sobre toda carne, me permitiste dar vida eterna. Esto es lo que soy. Soy la vida eterna por lo que he hecho. Te he glorificado en la tierra. He completado

la obra que me asignaste. Ahora recíbeme otra vez». Aquí se demuestra lo personal de la Trinidad. La salvación existe porque Dios es triunfo y porque es amor.

Otra declaración asombrosa acerca de la naturaleza de Dios la hallamos en Juan 17:10: «Todo lo que yo tengo es tuyo y todo lo que tú tienes es mío». Como simples mortales, podríamos hacernos partícipes de la primera parte de ese versículo y decir: «Todo lo que yo tengo es tuyo» pero no podríamos hacernos partícipes de la segunda mitad: «y todo lo que tú tienes es mío». El único ser que puede hacer esa declaración es Dios.

La doctrina de la salvación comienza con la relación del Padre y del Hijo en la Trinidad. Pablo le escribió a Timoteo acerca de este Dios que «nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, sino por su propia determinación y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo» (2 Timoteo 1:9). La historia redentora se inició como un plan dentro de la Trinidad y, debido a que Dios es amor, quiso traer a sí mismo muchos más hijos a quienes amar.

SALVACIÓN Y ELECCIÓN

La segunda doctrina más importante en la soteriología es la elección. Aquellos a los que el Hijo eterno da vida eterna son claramente identificados. Jesús dijo en Juan 17:2: «Él les conceda vida eterna». ¿A quién da vida eterna? En el versículo 9 nos dio la respuesta: «No ruego por el mundo». Jesús estaba orando específicamente por aquellos que el Padre le había dado (Juan 17:2). Y luego, en el versículo 11, Jesús usó el mismo lenguaje: «Padre Santo, protégelos con el poder de tu nombre, el nombre que me diste». De la misma forma en que el Padre le dio un nombre al Hijo, le dio un pueblo también.

Esta no es la primera aparición de esa verdad en el Evangelio de Juan. En Juan 6:37, Jesús dijo: «Todos los que el Padre me da vendrán a mí; y al que a mí viene, no lo rechazo». Es importante notar que todos los que el Padre da a Jesús vendrán a Él y que, todos los que vengan a Él,

no los rechazará. Esto encaja en la categoría que los teólogos han llamado la gracia irresistible. ¿Por qué? «Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la del que me envió. Y esta es la voluntad del que me envió: que yo no pierda nada de lo que Él me ha dado, sino que lo resucite en el día final» (versículos 38-39). Y una vez más, en el versículo 44, dijo: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió, y yo lo resucitaré en el día final». Y otra vez en el versículo 65: «Por esto les dije que nadie puede venir a mí, a menos que se lo haya concedido el Padre». Esta es la doctrina de la divina y soberana elección.

¿Cómo escogió Dios a los que habría de dar a Jesús? La única respuesta a esta pregunta se encuentra en dos lugares. El primer libro de Juan —17:6— dice: «A los que me diste del mundo les he revelado quién eres. Eran tuyos; tú me los diste». Luego en Juan 17:9 leemos: «Ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que me has dado, porque son tuyos». Los creyentes le pertenecen a Dios en base al decreto soberano de Él y a su decisión libre de influencias exteriores. Claramente, a esto se refieren las Escrituras cuando dicen: «Dios nos escogió en Él antes de la creación del mundo» (Efesios 1:4).

Apocalipsis hace referencia a algunos nombres que fueron escritos en el libro de la vida del Cordero, antes de la creación del mundo. El Padre les llama en el momento apropiado de la historia y los proporciona como un regalo de amor al Hijo. El Hijo los recibe, su responsabilidad es que lleguen a la gloria, y es por eso que intercede por nosotros incesantemente en oración para llevarnos al cielo. Para todo propósito de Dios hay un medio. El propósito de Dios es llevarnos a la gloria y el medio es la intercesión de Jesucristo. Jesús dijo en Juan 17:9: «Ruego por ellos». Jesús ora por aquellos que son del Padre por elección, Él no pide por el mundo. Luego leemos en el versículo 20: «No ruego solo por estos. Ruego también por los que han de creer en mí por el mensaje de ellos». La oración de Jesús se extiende por toda la historia redentora.

Ahora bien, hay mucha gente que dice: «Cristo murió por todo el mundo». Si Cristo murió por todo el mundo, entonces su voluntad estaba en desacuerdo con la del Padre. La voluntad del Padre era salvar a

aquellos que escogió, por lo tanto Cristo no pudo haber muerto por todo el mundo; de lo contrario hubiera estado fuera de la voluntad del Padre. Es como si dijéramos que el Padre era calvinista y el Hijo arminiano, lo cual es insólito puesto que solo existe una voluntad en la Trinidad. Jesús no ora por los que no son del Padre. De la misma manera, tampoco murió por los que no son del Padre.

¿Y qué acerca de Judas? Juan 17:12 explica: «Mientras estaba con ellos, los protegía y los preservaba mediante el nombre que me diste, y ninguno se perdió sino aquel que nació para perderse, a fin de que se cumpliera la Escritura». Judas no fue una excepción. Él hizo exactamente lo que la Escritura dijo que haría. Nunca fue hijo de Dios; siempre fue hijo de destrucción y condenación.

A Dios se le define como amor, un amor tan vasto que se extiende aun más allá del gran amor del Hijo y del Espíritu. Él quiere muchos hijos para amarlos, por eso los escoge, se los presenta al Hijo y el Hijo les da vida eterna e intercede por ellos.

LA SALVACIÓN Y LA ENCARNACIÓN

Para que todo esto pudiera suceder, los pecadores necesitaban un Salvador, ya que el Padre no podía llevar injustos al cielo. Eso nos dirige a la tercera doctrina: la encarnación. Ya hemos visto la deidad de Cristo presentada al observar a la Trinidad, pero también podemos ver su humanidad en Juan 17. En el versículo 8 Jesús dijo: «Salí de ti». Eso es la encarnación, el nacimiento virginal. De forma similar, en el versículo 3 leemos: «Jesucristo, a quien tú has enviado». Y luego otra vez en el versículo 18: «Como tú me enviaste al mundo»; versículo 21: «tú me has enviado»; versículo 23: «tú me enviaste» y el versículo 25: «tú me enviaste».

Casi treinta veces en el Evangelio de Juan, Jesús dijo que había sido enviado por el Padre. Indicó su humanidad una vez más en Juan 17:4: «Yo te he glorificado en la tierra, y he llevado a cabo la obra que me encomendaste». Y, en el versículo 13, anticipó su regreso por medio de

la ascensión. A través de todo este capítulo vemos indicios de la deidad y la humanidad de Jesús.

Más importante aun es que considere también la obra de Él. En el versículo 4, Jesús oró: «Yo te he glorificado en la tierra, y he llevado a cabo la obra que me encomendaste». Para comprender la encarnación se requiere que entienda no solamente la naturaleza de Cristo sino también su obra. A Él le fue encomendada la tarea de dar vida eterna a los escogidos, pero ¿de qué forma lo haría? Había dos maneras.

La expiación

Primero, Jesús tenía que hacer expiación por los pecados. Los teólogos denominan a esto: justicia pasiva. Él vino a dar su vida como rescate por muchos. Llevó en su propio cuerpo nuestros pecados: «Fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades» (Isaías 53:5). Tuvo que morir como sacrificio sustituto por su esposa. Tuvo que pagar el precio de muerte para satisfacer la justicia del Padre, complaciéndolo. Y luego fue levantado de los muertos, cuando el Padre hizo válido su sacrificio. Él tuvo que morir, pero también tuvo que vivir.

La justicia

Segundo, note que Jesús dijo en Juan 17:4: «Yo te he glorificado en la tierra». El Padre afirmó que el Hijo había hecho precisamente eso cuando declaró: «Este es mi Hijo amado; estoy muy complacido con Él» (Mateo 3:17). Jesús no hizo otra cosa sino glorificar a Dios en la tierra; Él fue santo, sin malicia y sin mancha. En Juan 17:19 leemos: «Y por ellos me santifico a mí mismo». Esta es una declaración poderosa concerniente a la justicia activa. Jesús llevó una vida perfecta para que esa vida pudiera ser acreditada a nuestra cuenta. Él padeció una muerte sustituta para que esa muerte pudiera ser acreditada a nuestra cuenta. Esa es la obra sustituta de Jesucristo de forma activa y de forma pasiva.

Luego, en el versículo 12, añadió: «Mientras estaba con ellos, los protegía y los preservaba mediante el nombre que me diste, y ninguno se perdió». Mientras Jesús estuvo en la tierra, tuvo una vida perfectamente

justa, tanto que pudo ser acreditada a sus seguidores. Él iba a sufrir una muerte en sustitución de los pecadores. A través de todo ese proceso estaba protegiendo y brindando seguridad para los suyos.

A menudo nos embarga la idea de que, como el Señor dice que estamos seguros y nuestra salvación es para siempre, eso sucede automáticamente. Sin embargo, el Señor tenía medios divinos para guardar a los suyos mientras estaba en la tierra. Puesto que llevó una vida pía, que se acreditaría a los escogidos de Dios, y debido a que sufrió una muerte sustituta —satisfaciendo así la justicia de Dios en lugar de los pecadores—, se le dio autoridad sobre toda carne para proporcionar vida eterna. Como le dijera Jesús al Padre en Juan 17:3: «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado».

En resumen, la salvación es conocer a Dios y conocer a Cristo. Este conocimiento viene de la teología que nos ha sido revelada en su Palabra. Recordemos, una vez más, que la teología no es algo meramente opcional.



ORACIÓN

Señor, que bendición haber podido escudriñar esta extraordinaria porción de las Escrituras y extraer algo de sus riquezas. Observar la cruz y la obra de Cristo, y contemplar la resurrección es algo maravilloso, pero aun más emocionante y reconfortante es saber que en este preciso momento Él vive a tu diestra, Padre, intercediendo por nuestro peregrinaje al cielo. ¡Qué santificadora convicción! Cumple tu perfecto propósito en cada vida, te pedimos, por causa de nuestro Salvador. Amén.